

QUEVEDO EN LA CORTE CHILENA

Incluso antes de regresar la democracia a Chile, el país se llenó de apóstoles de la libertad. Nada nuevo bajo el sol. En sus postrimerías González von Mares líder del partido nazi chileno también se hizo partidario de una sociedad libre. Muchos hoy definen al partidario de la libertad como una especie de criticón y perpetuo disidente, que reprueba toda coerción, que debe abjurar del Estado y que busca su privatización. Según esta concepto simplista y contumaz, los partidarios de la libertad incluyen a personas que vivieron antes de que existiese una cultura ciudadana, como Francisco de Quevedo.

Quevedo, nos inquieta y nos atrae. Su obra tiene la desmesura del genio. El desborde picaresco de su novela EL BUSCÓN contrasta con sus cristianas reflexiones en POLÍTICA DE DIOS. El autor que escandaliza con su lenguaje prostibulario en las GRACIAS Y DESGRACIAS DEL OJO DEL CULO y PRAGMATICA QUE HAN DE GUARDAR LAS HERMANITAS DE PECAR, HECHA POR EL FIEL DE LAS PUTAS, es el mismo que piadosamente redacta la HOMILÍA DE LA SANTISIMA TRINIDAD y DOCTRINA PARA MORIR, MUERTE Y SEPULTURA. ¿Son la delicada y profunda poesía amorosa y los deslenguados versos satíricos verdaderamente de la misma mano? Asociar la obra de Quevedo con una personalidad libre y disidente es la primera tentación y la que más importa resistir. ¿Pero tuvo en verdad Quevedo una vida de compromiso con la libertad? Para responder esta y otras contamos desde el año pasado con una biografía exhaustiva de Pablo Jauralde Pou.

Quevedo es la voz de alguien que se siente identificado con el espectro ideológico que sustenta la sociedad católica y cortesana de los Austria en España. Quevedo fue educado primero en El Escorial, completando sus estudios con los jesuitas y en la Universidad de Alcalá de Henares. Su crítica a los reyes y los privados (consejeros reales o de corte) no refleja disidencia con la monarquía ni muchísimo menos compromiso con la libertad. Es el lamento de un admirador de Felipe II, que critica a los nuevos monarcas y sus asistentes, cuyos méritos palidecen ante la austeridad de su rey favorito. Otro tanto cabe decir de su vida en Sicilia y en Nápoles en el séquito del Duque de Osuna. Como funcionario delegado del duque contacta a los amigos de Campanella condenado por herejía, quienes le solicitan que intervenga para liberar a éste de la prisión. Pero Quevedo nunca se compromete en ese acto libertario. Asimismo, sus sátiras más que reflejar un intelecto libre son muchas veces funcionales a las modas de la Corte. Sus escritos sobre la anatomía de la cabeza del Cardenal Richelieu, lo describen como un ambicioso traidor, del cual fluye un manantial venenoso y pestilente que engaña con sus falsas lágrimas y disimulo. Pero tal retrato no responde a una manifestación anticlerical. Estos escritos se entienden mejor como lo que son. Propaganda anti-francesa de la Corte Española. Y su prosa más religiosa también responde a la misma lógica como se prueba en sus argumentos a favor del apóstol Santiago que en verdad son un arrebató reaccionario frente al prestigio amenazante que surge en España ante la canonización de Teresa de Avila. En vez de hacer suya la doctrina de la tolerancia y la igualdad de los canonizados, Quevedo se compromete en afirmaciones de mezquina primogenitura, propio de espíritus de cofradía. Su espíritu cortesano también explica sus continuas críticas a los profesionales médicos, a los abogados y jueces, a los comerciantes etc. Es decir la crítica se dirige contra todo lo que

Pablo Ruiz-Tagle Vial

representa en su época la consolidación de una cultura urbana que la Corte percibe como peligrosa.

Es que Quevedo en toda su vida y obra busca y defiende una posición estamental. Es el descendiente de los ayudantes de cámara real, el letrado que entretiene y ayuda con su trabajo en la incipiente burocracia, el que dedica a veces sin éxito sus libros a los ricos y los poderosos. Es por eso que puede ser considerado el más exitoso exponente de una cultura palaciega. Es decir representa todo lo contrario del ideal ciudadano. Es un tipo ideal de súbdito, de subordinado, que sirve con su educación y sus letras a diversos potentados, que en cuanto diversos, le obligan a contradecirse en la medida que debe apoyar a unos y rechazar a otros. Y aunque vive en este casillero, es una persona que logra en dicho ambiente hostil al pensamiento, la licencia del poder para expresar por un tiempo limitado su genio. Después le sobreviene la desgracia que es propia de todo cortesano: la caída y el proceso ante la Inquisición.

Su fuerza podría presentar a su obra como una anticipación de una cultura verdaderamente ciudadana, libre e igualitaria. Nada más lejano e incorrecto. Quevedo es el producto amarrado (aunque genial) de una cultura de séquito. En el medio sombrío y privilegiado de la Corte Española con su carácter misógino, imperialista, fundamentalista, y a veces hasta anti-intelectual, Quevedo eximio representante de una cultura cortesana, sobrevive principalmente gracias a su poesía amorosa.

Quevedo sirve para distinguir galgos de podencos en Chile. Tenemos aquí entre nosotros muchos cortesanos y pocos ciudadanos. La cultura ciudadana hace públicos sus procedimientos, sus debates y sus resultados ofreciendo a todos por igual una tradición de instituciones abiertas y meritocráticas. Esta elite plural se compromete con formas cándidas de defender las propias convicciones, enriqueciéndose con la persuasión en la diversidad que le es propia. Sobrevive por sus propias fuerzas, y muchas veces interpela la autoridad constituida porque reniega de adular al poderoso o al mecenas de turno. En cambio, los cortesanos y los “privados” contemporáneos viven en un estrecho espectro de ideas. Diseminados en las ong's, y circulando como orejeros culturales o comunicacionales en institutos, ministerios o en grupos reaccionarios, lejos de aspirar a lo universal y sólo reflejan sórdidos pontificados locales. Los cortesanos chilenos proliferan en establecimientos universitarios y en vez de cumplir esa función así declarada, gastándose sus presupuestos en pura publicidad de productos académicos que no sobrevivirían sin ella. Nuestro panorama universitario reproduce lo más pedestre de la época colonial, porque imita lo que sucedía antes de la formación de la república, cuando cada grupo religioso cultivaba a sus acólitos en sus propios centros de estudios generales con cátedras dependientes de potentados políticos o religiosos. Universidades, academias o institutos de espíritu parroquial educan ciudadanos de mirada estrecha que no quieren pensar por sí mismos, ni comprometerse con la libertad y la igualdad, requisitos o exigencias de toda cultura republicana desde la Revolución Francesa. Esta sobre población de “privados” y cortesanos ocupa el espacio que requiere una auténtica ciudadanía cultural en Chile. Finalmente, tampoco los cortesanos culturales chilenos alcanzan el talento del más grande de los suyos, don Francisco de Quevedo, a pesar de lo que diga la Sociedad Mont Pelerin.